

ALONSO CUETO

DESEO DE NOCHE

Julián es solitario, opaco, está acomodado a su rutina. A tal punto que siempre toma el café en el mismo bar. Sus ocupaciones y preocupaciones son pequeñas, cotidianas. Pero esa noche aparece una mujer que nunca ha visto entre los parroquianos, ajena a su universo cotidiano. Es guapa. Es extraña. Y lo aborda. Antes de que Julián sepa si ha hecho una conquista, ella le confiesa que ha matado a un hombre. ¿Será él tan amable de ayudarla a deshacerse del cadáver?

Nada le hacía sospechar a Julián que el ligue de esa noche se transformaría en una aventura impensable en su ordenada vida de profesor de colegio.

Índice de contenido

Cubierta

Deseo de noche

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Uno

Eran las cuatro, un viernes, y yo estaba de pie en la avenida Larco. Mucha gente pasando a mi lado y yo allí, paralizado.

Había terminado mis clases en el colegio, y no sabía qué hacer.

Por aquellos años, el cine Pacífico era un refugio habitual, el palacio de la oscuridad donde jugaba a inventarme otra vida, a huir de mi trabajo, de mi casa, de mí mismo. Entrar al cine era olvidarme de todo lo que ocurría afuera conmigo. Esa noche me parecía una vez más, la mejor opción, por el momento.

Así, pues, como muchos otros viernes, pasé por la boletería y entré a la sala rápidamente.

Pasé la tarde siguiendo la historia en las imágenes. La tristeza ansiosa del hombre, la sensualidad fría de la mujer que lo recibe, el encuentro de los dos en una playa, las escenas de amor, el desenlace sangriento, ambos acribillados en un bosque.

Recuerdo el golpe de viento que sentí en el pecho al salir otra vez a la calle. Era un viento inusual, que arrastraba algunos periódicos por la acera. Vi a la gente cerrando los ojos, con las manos apretadas en sus sacos y abrigos.



Eran las ocho o nueve. Di algunas vueltas por el Parque de Miraflores y las calles aledañas.

Pensé que en ese momento tenía las opciones de muchos otros viernes después del cine.

Podía regresar a mi apartamento, prender la televisión y acompañarme de una botella, mirando las series de acción. La otra posibilidad era releer alguna novela que encontrara en mis estantes. Me veía en mi cuarto, rodeado de objetos que me acechaban, que tenían algo en mi contra. Creo que la soledad es eso, sentir la opresión de los objetos familiares. Como si fueran enemigos.

Había otra opción: pasar por diferentes cafeterías y ver eventualmente a la gente que las va poblando mientras avanza la noche.

A diferencia de otras veces, me decidí por esto último. Además, en esa época, a pesar de mi sueldo de maestro, tenía un poco de dinero.

Ver gente era un modo de sentirme acompañado. En realidad, sentarme en un café, frente a un montón de comensales, era una hábito de mi curiosidad.

Era así, me sentía acompañado por ellos. La gente, la otra gente en los cafés. La galería de pequeños destinos haciendo un alto. Me atraía la variedad de personas que podía ver allí.

Grupos de amigos risueños, parejas de enamorados, señores mayores con sus puros. Todos van a un café para hacer un alto en sus vidas. Elegir un plato, por ejemplo. La elección de un plato frente a la carta es un ritual propio. Y luego el modo de comerlo. El que se engulle un lomo con papas. La que sorbe discretamente una taza de menestrón. El que pica de una ensalada. La que devora un helado bañado en chocolate.

La relación que tienen con el cigarrillo también es una confesión pública. El que fuma en pitadas largas. El que se queda cerca de la colilla y absorbe desesperadamente hasta el final. El que aplasta el cigarrillo poco después de empezar.

Me gustaba imaginar lo que esa gente había hecho antes y lo que haría después. Entretenerme con vidas ajenas era un antiguo pasatiempo mío.

Debía ir al Café Haití, que era un lugar tan concurrido, un gran observatorio.

Cuando entré, un pelotón de mozos uniformados atendía frenéticamente las mesas, llevando las bandejas rebosantes de platos y botellas. Los cuerpos se alineaban en un teatro horizontal de manos y pechos y caras. Pensé en irme pero una pareja de hombres se alzó con una rapidez simultánea (tenían la sincronización de miembros de un comando marchando hacia algún atentado) y dejó una mesa libre cerca.

Me acomodé en el asiento. Cuando el mozo se acercó, le pedí un café y tostadas.



Entonces ocurrió algo. La vi entrar.

No sé cómo describirla ahora, pero se me ocurre decir que casi no parecía humana. La boca delineada, la nariz como un botón, los ojos claros y húmedos. La cara arqueada en una media luna de acero. La piel muy blanca, al borde de la palidez. Una cascada de pelo negro flotando lentamente sobre los hombros. Las piernas largas que terminaban en zapatos de taco. Y una especie de temblor, eso me pareció.

Estaba parada en el centro de la cafetería. Apenas parecía sostenerse. Cuando me vio, algo se afirmó en sus ojos. Como si estuviera asistiendo a un acto de magia, vi que se acercaba a mí.

Todavía puedo repetir con su mismo tono de voz su primera frase:

—¿Puedo sentarme, por favor?

Sentí que había escuchado su voz en algún lugar. Tenía un tono sereno. Pero había un quiebre de inseguridad, un sonido débil, casi imperceptible al final. La voz se le había cortado.

Asentí levemente con la cabeza. No había una sola mesa libre y, para mi sorpresa, en ese momento me sentía bien de recibir a esa desconocida. ¿No la había visto antes? Me sentía extrañamente feliz. Sobre porque era tan atractiva, pero también...

Me sentía feliz y también asustado.

Se sentó volteando hacia la puerta. Como si temiera que alguien la hubiera seguido.

—Hace frío esta noche, ¿no te parece? —susurró.

Le propuse invitarle algo y aceptó tomar una cerveza. El mozo se retiró.

Hablamos vagamente del clima y de lo poblado que estaba el café a pesar de la recesión. Su charla, sin embargo, estaba alterada por grandes pausas. Le pregunté su nombre. Me dijo que se había acercado a mí porque me había visto otras veces en ese mismo café. Me había visto muchas veces y siempre había querido acercarse. «A pesar de que no te conozco», agregó. «Pero te he visto».

Hizo una pausa.

—Me llamo Laura —me dijo.

—Soy Julián.

Me sorprendió oír mi nombre, como si no fuera yo.

De pronto puso la cabeza entre las manos.

—No sé qué hacer —agregó.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?

No me contestó de inmediato. Miró hacia la mesa del costado y luego volteó hacia mí, la cabeza apoyada en la palma de la mano.

—Creo que acabo de matar a un hombre.

El mozo se acercó con la bandeja y le sirvió una cerveza. A mí, una taza humeante y un par de tostadas con mantequilla, suavemente cortadas en triángulos.



Un tiempo después, mi amigo y colega Carvajal me dijo que todo era una estrategia de ella; Carvajal no entendía lo que yo había hecho; pero eso no tiene mucha importancia ahora.

—¿Qué?

—Creo que acabo de matar a alguien.

—Pero...

—Fue un accidente. Él me amenazaba y yo... no sé, no pude evitarlo. Se cayó y...

Durante el silencio que siguió, jugué con la idea de levantarme en ese instante y dejarla sentada en la mesa. Habría sido fácil. Nada más levantarse, dejar un billete al paso en caja y escapar a la calle. Pero aun cuando acariciaba la idea, sabía que iba a quedarme. ¿Cuál era mi otra opción esa noche, volver a mi casa, entrar en mi cuarto vacío, mirar televisión, dormirme con una pastilla, despertarme al día siguiente con el mismo sabor salado en la boca?

Sentía que al menos por el momento iba a quedarme y a escucharla. Como si misión fuera esa («mi misión», da un poco de risa).

—No sé cómo pudo pasar —murmuró—. Ay, Dios mío, qué voy a hacer. Lo he matado.

Levanté la taza y sentí el calor del líquido en la garganta.

—¿Quién era? —pregunté.

Se quedó con las manos sobre la cara. De pronto se movió. Tengo sus ojos azules conmigo cuando me dijo:

—Tengo que volver allá.

—¿Adónde?

—Tengo que sacarlo. Por favor.

Tuve una sensación de irrealidad, como si nada de eso estuviera ocurriendo, como si yo no estuviera allí. Me parecía que me había ido a mi casa y estaba soñando lo que pasaba frente a mí. Pero en ese momento, algo ocurrió. Ella se puso de pie. El movimiento deslizó un mechón hacia un costado. Sus ojos seguían fijos en mí.

—No te pido que me ayudes, solo camina un ratito conmigo. ¿Puedes venir? Te lo suplico.

Me quedé por un instante frente a sus ojos duros como cristales. El traje rojo mostraba un pecho tenso y una cintura suave y elástica.

Tuve un resto de dignidad como para hacerla esperar. Terminé el café y hasta logré mordisquear una de las tostadas. Ella seguía de pie, mirándome. Tenía algo así como una desesperación inmóvil.

Me acuerdo que saqué la billetera y dejé el dinero junto a la taza. Y pasé por la puerta antes que ella. Me asombro aún hoy de todo esto.

Sin saber cómo estaba caminando a su lado. («Seguir a esa mujer», me repetía Carvajal hace poco. «Una locura tuya»).

Caminamos juntos. Recuerdo el sonido de sus tacos, una serie rápida de golpes en el cemento. El ritmo de sus pisadas nos distanciaba del ruido del tráfico. Ahora pienso que si en ese momento ella hubiera dicho algo más, yo la habría dejado.

Nos detuvimos frente a un edificio. Yo tenía frío. Frente a mí, había una puerta de vidrio y marcos de aluminio. Detrás, una escalera. Al fondo, una reja que daba a un estacionamiento.

Creo que las paredes junto a la puerta eran verdes. Un verde desteñido, cruzado de grietas y de manchas.

Recuerdo que en ese momento un microbús retumbó junto a nosotros, dejando una estela de polvo negro. Era el final de la Avenida Larco, cerca del mar. No había nadie cerca.

—Puedes dejarme aquí —me dijo—. Gracias por acompañarme. Y discúlpame.

Abrió la cartera, sacó una llave y jaló de la manija.

—Voy contigo.

—No tienes que venir. Por favor, no sé qué...

Entró al edificio. La seguí por las escaleras. Llegamos a un corredor. Pensé que aún estaba a tiempo de irme. ¿Qué me esperaba allí? Me parece oír el sonido de sus pisadas y creo que todavía estoy viendo los pelos moviéndose junto a la pared. ¿Qué hacía yo allí? No sé. Pero sentía a la vez miedo y una excitación feliz y algo así como un orgullo.

Por fin llegamos a una puerta. Cuando ella la abrió, dio un paso atrás.

Tenía la cara lívida.

—No lo puedo ver —dijo.

Me decidí a entrar.

Había un mueble negro, una mesa con dos botellas vacías y el cuerpo de un hombre sobre la alfombra. Apenas pude verle la cara.

—¿Tienes carro? —pregunté.

—Sí. Está abajo, en el patio.

—Muy bien. Vamos.

Con los ojos cerrados, me agaché, lo tomé de los brazos y empujé hacia atrás. Para mi alivio, sentí que el cuerpo se arrastraba.

Soy un hombre fuerte. Soy un poco más alto que el promedio, y mis brazos han estado entrenados por ejercicios regulares en un gimnasio. Pero cuando empecé a avanzar con el cuerpo a mis pies, sentí que cada paso era una hazaña. Y sin embargo en ese momento, hervía de excitación. De pronto sentía un vértigo de emociones y energías, que no había imaginado.

Ella bajaba delante de mí. Yo la seguía de espaldas, sosteniendo el cuerpo de los brazos, las piernas golpeando las gradas, la cabeza colgándome sobre los muslos. Recuerdo especialmente el roce de la tela en mis dedos.

Varias veces estuve a punto de pedirle que nos detuviéramos; luego encontraba fuerzas para seguir. Nuestros pasos resonaban interminablemente. Era un milagro que nadie nos hubiera oído. Fue increíble que no nos hubiéramos topado con alguien en la escalera. Pero así fue.

Por fin la vi doblar hacia la izquierda. Estaba abriendo una reja. En ese instante me encontré parado en un gran patio. Era un estacionamiento, a la espalda del edificio. Había dos círculos de luces amarillas. Al fondo, un techo de calamina. Un faro junto a un charco. El polvo de llovizna nos humedecía la cara. Estábamos temblando. La hilera de carros se perdía en una pared negra. Vi que ella se estaba subiendo en un carro azul, de parabrisas grandes. Parecía un modelo antiguo.

El carro paró junto a mí y ella se bajó.

—Abre la maletera —le dije.

Levanté los brazos y soltando un gruñido dejé caer el cuerpo.

Tenía la camisa húmeda, no sabía si por el sudor o por la lluvia.

Ella me miró brevemente. Los ojos reflejaron la luz blanca del farol.

Me puse al timón y avancé el auto hacia la puerta de salida. Ella se bajó, abrió la reja y esperó a que yo avanzara. Luego la sentí deslizarse junto a mí.

Por un instante su mano me rozó.

Lo he pensado muchas veces. ¿Cómo pude manejar esa noche? ¿Cómo pude cargar el cuerpo?

Durante el camino, el bulto de la maletera saltaba en cada bache. Ese era el único ruido que había. A mi lado Laura miraba hacia delante, con los ojos petrificados.

En la esquina volteé. Había pensado que sería mejor ir a unos sembríos en Santa Clara, saliendo por la Carretera Central. Habíamos ido por allí de chicos en los paseos familiares.

En ese momento quise hablarle. Me sentía muy cerca de ella, y sabía que ella se sentía cerca de mí. Estábamos embarcados en un asunto riesgoso. Estábamos juntos. Esa mujer de pelo largo y ojos claros iluminados. Esa mujer y yo. Al menos por esa noche.



Solté el bulto.

Hacía frío pero ya no era la humedad sino un aire seco y duro, cortado por un coro de grillos. Estábamos junto a una zanja de tierra, cerca de un sembrío. Habíamos llegado hasta allí desde la Carretera Central. Las hojas caían largas y afiladas junto a nosotros. Empecé a escarbar con las manos. La tierra se iba haciendo cada vez más húmeda y yo movía los brazos, escarbando. El ladrido de un perro se oyó a lo lejos.

Ella se agachó a escarbar a mi lado. Trabajamos durante algo así como media hora, sin hablar. Oíamos los gritos breves provocados por el esfuerzo.

Por fin nos paramos. Allí delante, había un hueco, como del tamaño del cuerpo. Sentí las manos calientes. Entonces vi algo que nunca voy a olvidar.

Era la cara que estaba allí. Esta vez la tuve que ver de frente y durante algunos segundos. Tenía los ojos desorbitados por el horror, la boca magullada, los pelos salpicados. Lo vi como nunca voy a olvidarlo. Y me lo imaginé vivo.

Pensé que en vida había tenido el aspecto de un deportivo y cínico don Juan: bronceado, cincuentón, congelado en una risa.

—Sinvergüenza —dijo ella detrás de mí—. Maldito sinvergüenza.

No sé por qué en ese instante sentía una extraña alegría. La vi retroceder. Abrió un frasco azul y sacó una pastilla.

Entonces tuve ganas de reírme de lo bien muerto que estaba, esa es la verdad. No lo había conocido y me sentía feliz de que hubiera muerto. Y ya pude verlo sin asco. Una sensación extraña y salvaje.

Lo levanté, le revisé los bolsillos y le encontré la billetera (tenía más de lo que yo ganaba en un mes, me acuerdo

de eso). Luego lo arrastré hasta la zanja. Empecé a echarle tierra.

Después de un rato me paré sobre el montículo. Quería apisonarlo bien, que no se notara que alguien había excavado.

Por fin, mis piernas cedieron. Las rodillas se me doblaban. Caí de bruces sobre la tierra. Me levanté rápidamente, con el pantalón embarrado. Ella me puso una mano en la mejilla.

—¿Estás bien? —me preguntó.



Manejé en silencio. Un perro se atravesó por el camino y se escapó apenas, al borde del auto. Las luces de la carretera volaban.

—No sé dónde ir. No puedo volver a mi casa.

—Vamos a la mía —le dije.

Un camión pasó junto a nosotros. Una gran mole de luz de paredes metálicas.

—No. Mejor déjame aquí nomás.

—¿Por qué?

—No quiero molestarte más. Si me dejas cerca de mi casa, nadie va a enterarse de que estuviste metido en esto.

—Vamos a la casa un momento.

Seguí manejando sin hablar.

Esas dos proezas (enterrar el cuerpo y después invitarla a mi casa). La excitación en la que me encontraba esa noche.

Entramos a Javier Prado. Al llegar al Zanjón, bajé a la derecha. Estábamos yendo hacia mi casa. Ella no había dicho nada. Al voltear la vi con el pelo iluminado y los ojos fijos hacia delante.

Sin pensarlo, le cogí la mano. Estaba fría y dura. La sentí crisparse, como dudando entre apretarme o no. La tuve aprisionada hasta que llegamos al desvío.



Cuando prendí la luz de mi sala, sentí un alivio.

Esa mañana, como si hubiera adivinado lo que iba a pasar, me había esforzado en dejarla presentable. La mesa marrón se veía limpia y los dos sillones colocados uno frente al otro, aparecían fuertes y mullidos. Aunque no había limpiado el piso, la madera brillaba.

La hice pasar por delante. Era casi cómico. Un gesto de galantería entre una asesina y su cómplice. Casi estaba orgulloso. Y más tranquilo. Después del ruido y del frío de la calle, sentí el refugio de estar allí.

La vi sentarse en uno de los sillones. Estiró las piernas. Tenía la cabeza reclinada contra el espaldar. Los mechones negros se desparramaban sobre los hombros.

Fui temblando a la cocina y encontré la botella. Saqué dos vasos y los llené con hielo.

Le alcancé el vaso y pareció reanimarse antes de tomarlo.

—¿Tú crees que lo encuentren?

—Sí. Van a encontrarlo.

—¿Y?

—Al comienzo pensarán que es un robo.

—¿Por qué?

—Le saqué la billetera.

—¿Y dónde está?

—Aquí —le dije tocándome el bolsillo.

Al verla, se tapó la cara. Lloró suavemente durante algunos segundos.

—No te preocupes —dije, arrodillándome delante de ella—. No te preocupes. Todo va a salir bien ahora.

Fui al dormitorio, saqué un pañuelo y se lo alcancé. Vi su cara, iluminada por unos ojos húmedos.

Entonces sacó otra vez el frasco azul. Una tableta redonda le jugueteó por los dedos y desapareció en la boca. Yo seguía reclinado frente a ella.

—Cuéntame, si quieres —murmuré—. Digo, si te ayuda hablar con alguien.

—No, no. No te puedo contar.

—Pero háblame.

—No es nada. Estábamos discutiendo. Yo lo golpeé. Se cayó y se golpeó la cabeza. —Después de una pausa agregó—: Fue un accidente.

—¿Y no podrías haberlo explicado a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—No podía. Yo lo había golpeado. Provoqué su muerte.

Me senté en el sillón otra vez. La vi terminar el vaso. La mano le temblaba ligeramente.

Tomamos en silencio. No sé cuánto rato pasó. Solo tengo el recuerdo de estar con ella, sin hablar. Sentí una especie de felicidad. Como hacía tiempo no sentía. Nos quedamos así. Ella, con la cabeza baja, enterrada en un punto vacío. Yo, sorbiendo tragos cortos, mirándola de vez en cuando.

En la ventana las luces del tráfico avanzaban como peces sucios iluminados. Laura de pronto dejó su vaso en el suelo. Me estaba mirando.

Fue entonces cuando ocurrió. Se puso a mi lado. Dejó caer la cabeza entre los muslos. La sentí, una corriente que salía de su cabeza y me inundaba las piernas y el vientre y me erizaba el sexo. Le acaricé el pelo. La besé.

Se sentó sobre mí. Tenía los ojos inflamados. Respiraba entre largas pausas.

Nos abrazamos. Luego, tal como había hecho con el hombre, la cargué y la llevé al dormitorio. En el camino, la vi sonreír.

Ella no usaba ropa interior, y cuando el vestido se deslizó, sentí su cuerpo. Tenía una piel suave, sostenida por músculos grandes y tensos. Yo la esperaba con temor. Me sentía avasallado.